

## **Tributo a Miguel**

Nos encontrábamos con Jorge Solari en Casa Carpintero, de Fago, que estaba siendo restaurada. Es la última vivienda del pueblo según se va desde Ansó, en el inicio del camino a la Cueva de los Gavachos, a Majones, a la Nacional 240... el camino que ahora es el de la muerte. Alguien nos escuchó hablar "en argentino" y supo que estábamos muy cansados. Sin conocernos se acercó con dos botellines de cerveza bien fría. Era Miguel Grima...

Transcurría el año 1992 y a partir de entonces construimos con él y con su mujer, Celia Stalrich, una amistad maravillosa que perduró hasta fines de 1997, cuando decidí regresar a mi país, y que se extendió a pesar del océano. El reciente 24 de diciembre hablé por última vez con Miguel y nos prometimos el tan ansiado reencuentro para este 2007, allí, en Fago. (Es decir, señora jueza, que si en su investigación se cruza una extraña llamada desde Argentina, es la mía).

Él había llegado a ese pueblo casi fronterizo, casi perdido en el mapa (y tal vez un poco en el tiempo) para ser libre, para ser monte, para ser viento. Dejaba atrás el muy buen pasar que le aseguraba la posición económica de su familia, en Zaragoza, y ponía manos a la obra con Celia para reconstruir Casa Curra, en la calle Perico de Fago. Estaban decididos a edificar allí el futuro y lo hicieron. Hicieron cima en cuanto desafío se propusieron.

Claro que hubo sinsabores. Porque Miguel se indignaba cuando alguno de los ganaderos tiraba al agua del canal que cruza el pueblo el fiemo (estiércol) que juntaba en su nave. Se indignaba cuando un guarda forestal cuidaba su propio ganado en lugar de los animales salvajes, acechados por los furtivos... Miguel era frontal y entonces denunciaba todas y cada una de las irregularidades. Soñaba con un mundo mejor y entonces también soñaba con un Fago mejor.

No me extrañó que la gente que no vive en Fago, pero que está empadronada allí, le diera su voto para que fuera alcalde una y otra vez. Y no se lo perdonaron. No perdonaron que un maño, un forastero, mandara allí. Lo mataron de noche con el arma de la cobardía. De otra manera, era imposible. En el debate, en la inteligencia, en la democracia, vencía con sus ideales y con sus ideas.

Los asesinos creen que fue enterrado en Sabiñánigo, cuando lo que en verdad se hizo en la tierra de los Stalrich fue sembrar una semilla. Allí seguirá brotando la amistad que nos alimenta y que nos permite abrigar la esperanza de la verdad. Me sumo a la concentración de este sábado y convoco humildemente al pueblo de Ansó, en el que reside todavía mi corazón, para que concurra a pedir el esclarecimiento de este acto demencial.

En honor a todo cuanto nos dio Miguel y ante su imposibilidad de ayudarnos esta vez a desentrañar el misterio, debe hablar la gente de bien (en Fago mismo también la hay) que conoce del asunto. Y será justicia.

Sergio Vaudagnotto